

# CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Lamartine y su madre, por don A. P.—Poesia, por doña Elena G. de Avellaneda.—Una Lágrima de Niño, por don G. Nuñez de Arce.—La Aurora (Balada), por doña Eduarda Moreno Morales.—Labores, por J. G. B.—Modas.

## INSTRUCCION.

### *Lamartine y su madre.*



L sublime autor de las *Meditaciones*, el príncipe de nuestros poetas contemporáneos, Lamartine, está publicando un *Curso familiar de Literatura*, que llama justamente la atencion pública.

En sus primeras páginas hallamos una nueva demostracion de lo que tantas veces hemos dicho, de lo que forma nuestro principal empeño, de que el porvenir de un niño pende principalmente de su madre.

Lamartine, el gran poeta, el hombre pensador, declara lo que debe á su madre en magníficas y sencillas palabras; y como si se propusiera rendirla el tributo que le es debido, compensarla con el recuerdo que trasmite á la posteridad sus primeros y maternales cuidados, pagar, si pagarla es posible, la gratitud que la debe el hijo, casi comienzan sus conversaciones hablando de su madre en estos términos:

—«Sea como fuere, es lo cierto, que empezaba mi entendimiento á imaginar y á percibir que otras personas que habitualmente veía, pensaban mas que yo. Al mismo tiempo llegaba á comprender, no la naturaleza, sino el hecho de la trasformacion de los caracteres materiales, que me veía obligado á trazar ó leer, en pensamiento inmaterial; como igualmente el fenómeno recíproco resultante de la trasformacion

de este mismo pensamiento en caracteres, esto es, en libros. Mi primer respeto por el libro, medio sobrehumano en que se opera este fenómeno, me vino de donde emana toda revelacion á los niños, esto es, de la madre.»

Y en efecto, alimentando ella nuestro espíritu como alimenta nuestro cuerpo, escitando nuestra inquieta atencion con aquellas dulces palabras que tienen un encanto que se comprende mas que se explica, esparciendo los gérmenes que han de producir nuestras primeras palabras, que han de darnos las primeras ideas, ella es el natural Mentor de la infancia, la que desarrolla y guía nuestra inteligencia, la que amolda nuestro corazon al suyo.

De aquí la gran necesidad de su instruccion, de aquí la importancia de que se atienda á la mujer con todo el esmero que necesita la que ha de formar al hombre, la que ha de influir tan poderosamente en su porvenir.

Pero continuemos escuchando á Lamartine, que hablando de su madre, dice:

»La mia atesoraba, juntamente con la piedad de un ángel en el corazon, la impresionable delicadeza que distingue la fisonomía de la mujer; y su rostro, en que se armonizaban la belleza de las niñas y la santidad de los pensamientos, me dejaba ver, mejor que las páginas mas elocuentes, el espectáculo de la trasformacion casi visible de la inteligencia en expresion fisica, y de la expresion fisica en inteligencia. Esta union íntima lleva el nombre de *fisonomía*, y conviene advertir que esta voz recibe cada dia nuevas acepciones, porque nadie ha logrado aun definirla. En efecto, la fisonomía realiza este fenómeno visible, si bien impenetrable: *el alma en el rostro, y en el rostro el alma*, fenómeno que, mejor que nin-



gun otro, permite ver al hombre la union de la materia y del espíritu, si bien la naturaleza le veda determinar en la fisonomía lo que pertenece á la materia y lo que compete al espíritu, no quedándole mas recurso que el de adorar y anonadarse en el misterioso límite en que se confunden ambas sustancias.

» Veía á menudo á mi madre en su cuarto, inundado por el sol, en que reposaba los domingos despues de haber asistido á las ceremonias religiosas; ó se entregaba á sus labores femeninas los demas dias de la semana; y al anochecer, cuando habia depuesto la aguja, la observaba tomar, en una mesita junto á su lecho, un tomo de devocion que le venia de su propia madre. Su fisonomía, de comun tan franca y expansiva, mudaba de repente de espresion, y se recogia como la luz de una lámpara que protege encorvada la mano contra el viento que hace vacilar su llama y amenaza apagarla. Como me era notorio este género de espresion, fácilmente colegia que se entregaba á una conversacion muda con una persona ausente, en términos que, sin necesidad de aviso alguno de su parte, guardaba el mayor recogimiento y respetaba su lectura.

» En sus lábios notaba apenas un movimiento ligero é imperceptible; pero sus ojos alternativamente fijados en la página, ó levantados al cielo, húmedos y fulguerosos; la palidez y el encarnado que inundaban sus mejillas; sus manos, que piadosamente unia en un momento de efusion, despues de haber depuesto el libro en sus rodillas; la emocion que hinchaba su pecho, y que á mí se revelaba por una respiracion mas fuerte que de costumbre, todo cooperaba para hacer inducir á mi inteligencia infantil, que la piadosa mujer decia á este libro, ó que este libro le decia cosas que no me hallaba yo en estado de comprender, si bien interesantes sobre manera, pues la misma persona tan indulgente por naturaleza al tratarse de nuestros juegos, y de tan cariñosa solicitud para responder á nuestras preguntas, me daba á entender por señas que no interrumpiese su conversacion silenciosa.

» De este modo llegué á vislumbrar que existia en esos libros hojeados dia y noche por las piadosas manos de mi madre, una literatura sagrada, por la cual mediante ciertas páginas, que contenian secretos superiores á mi edad, el sér que oía llamar Dios conversaba con ciertas personas privilegiadas, y éstas con Dios. Tal fué mi primer sentimiento literario, sentimiento que se fundió luego en mi mente con una atmósfera de santidad, que parecia envolver á la santa mujer que debo la vida, cuando abria ó cerraba esos misteriosos volúmenes. »

Tales son las consideraciones que dedica Lamar-

tine á su madre, á la autora de su primer pensamiento, de su primera enseñanza.

Grande la obtienen estas líneas. Aquella santa, como llama Lamartine á su madre, le dió la primera leccion con el silencio, pero con un silencio elocuente, magnífico, silencio que impone, que inspira, que encanta.

La inquieta imaginacion del niño se contiene ante la mujer que ora, y cuyo semblante demuestra el arrobamiento de su alma. En tan sublime momento, las almas incapaces de impresionarse—enmudecen, las que saben sentir—admiran. Esta admiracion le llevó al poeta á la reflexion, y amó entonces el libro, que habia de darle gloria y habia de ser á la vez el depositario de sus sentimientos, para enseñarlos al mundo, que los aprende con afan.

Muchas veces ha podido decir la madre de ese grande hombre, que á ella le correspondia una parte de su gloria; pero nunca dice esto una madre que jamás quiere defraudar á su hijo la mas pequeña parte de la que tenga. Mas el hijo que no es ingrato, sabe ostentar de lo que la es deudor, y rendirla el inapreciable tributo que Lamartine rinde á su madre. De hoy en adelante podrá decir el mundo, que Lamartine debe á su madre el principio de su gloria.

A. P.

## LITERATURA.

### *A mi hermano OSVALDO, enfermo.*

¿Y ha de ausentarse la tranquila noche,  
y ha de nacer el bullicioso dia,  
y corre Febo en rutilante coche,  
mientras padeces tú, pobre alma mía?

La fiebre te devora; mas en tanto  
que vela mi solicito cariño,  
halaguen sueños de celeste encanto  
tu pobre corazon de ángel y niño.

Por tus pálidos lábios se dilata,  
trás de acerbo gemir, dulce sonrisa,  
y el cabello que en ondas se desata  
llega á besar la gemidora brisa.

Mas ¡ah! suspenda el vuelo sonoro;  
pues viendo Dios tu padecer amargo,  
quiso otorgarte plácido reposo;  
quiso adormirte en bienhechor letargo.



¡Aves, que ayer al comenzar el día  
al par cantásteis de mí bien querido,  
hoy que le veis en lecho de agonía,  
mudas guardad vuestro caliente nido!

—  
No despleguéis los cálices, ¡oh flores!  
ni ostente el campo su matiz risueño;  
ni se agiten los pinos cimbradores...  
¡Respetad todos de mí OSVALDO el sueño!

—  
Duerme querub doliente, que yo en tanto  
velaré al pié del solitario lecho,  
y sabré sofocar mi acerbo llanto,  
aunque agitado se desgarre el pecho.

—  
Y si buscando á tu dolor consuelo  
vuelves á mí los fatigados ojos,  
una sonrisa encontrará mi anhelo  
en estos lábios que mirasté rojos.

—  
Y aunque importunas son á mi amargura  
hasta del aura arrulladores sones,  
sabrás inventar mi fraternal ternura,  
para acallar tu padecer, canciones.

ELENA G. DE AVELLANEDA.

## UNA LÁGRIMA DE NIÑO.

Figúrense nuestras lectoras que nos hallamos en el cuarto de un actor en uno de los principales teatros de Madrid. ¿Sabeis, amables lectoras, lo que es el cuarto de un actor? Es una pieza por lo general reducida, donde desde antes de empezar la función se reúnen actores, autores dramáticos, periodistas, y un círculo de amigos á quienes la costumbre lleva allí todas las noches, y que se miran ya como de la casa. Allí se murmura, no por mala intención, sino por murmurar. Como se está entre amigos, ó para espresarnos con mas propiedad, entre camaradas, trátanse todos con la mayor confianza: nadie se esfuerza por manifestar un ingénio que espontáneamente se revela; se habla por hablar, y cada cual por su parte, da pruebas de su amabilidad, de su gracejo, y algunas veces hasta de su sentimiento. Allí se cuenta el hecho maticioso, la crónica casi escandalosa, y la anécdota intencionada; allí, en fin, el narrador refiere bien, porque tiene la seguridad de que se le escucha con estrema benevolencia. En un cuarto de actor, tal como el que os he descrito, escuché yo noches pasadas la historia que voy á relataros, y que, aunque sencilla, no por eso va menos derecha al co-

razon. Si no os conmueve, culpa será mía, que no habré sabido contárosla.

Habiase hablado de la lluvia, del buen tiempo, de todas las cosas, y otras muchas mas, cuando á propósito de una pobre jóven, que la víspera habia hecho su *debut* en el teatro, y que se habia quedado inmóvil, sin voz, y por decirlo así, inanimada en presencia de ese formidable monstruo que se llama público, la conversacion tomó un giro algun tanto metafísico.

—No es posible curar el miedo, dijo uno. La naturaleza nos ha creado valerosos ó tímidos, y es una temeridad luchar contra ella.

—Como nos ha creado frios ó arrebatados, añadió otro; parcos ó glotones, inclinados al vicio ó á la virtud. Todo esto es cuestion de la sangre, del temperamento, de los nervios. Algunos mueren en el cadalso, que si hubiesen sido simpáticos, hubieran muerto honradamente en su cama. Se dice que los hombres son lo que la educacion les hace, y este es un error en mi concepto. Los hombres son toda la vida lo que son al nacer. ¡Dichosos los que nacen bien organizados, y desgraciados de aquellos que no deben esta fortuna á la Providencia!

—Eh! exclamó otro de los concurrentes. La doctrina que Vd. sostiene es la del materialismo mas desconsolador y grosero. Si la humanidad fuese lo que Vd. dice, seria una calamidad; habria que atarla una piedra al cuello, sujetarla de piés y manos, y arrojarla al río. ¿Crée Vd. de veras, que un hombre lleno de ridiculeces, de pasiones ó vicios, no puede corregirse?

—De las ridiculeces acaso sí; pero de lo que no podrá enmendarse nunca es de sus vicios y pasiones. Desafío á Vd. á que me presente un ambicioso, un jugador, ó un avaro convertido.

—¡Un avaro convertido! Entre Vds. está, y soy yo! Esclamó uno de nuestros autores dramáticos mas distinguidos, hombre de corazon, y cuya pródiga generosidad es hoy proverbial.

—¿Vd. ha sido avaro? le preguntaron á la vez varios de los concurrentes.

—¡Como el caballero de la Tenaza, como el licenciado Cabra, como el avaro de Moliere! Ademas, tenia la ventaja de ser caprichudo y áspero, mas de lo permitido; pero gracias á Dios ya estoy curado de estas enfermedades.

—¿Y quién operó esta cura maravillosa?

—Quién? una lágrima de niño.

Estas palabras aumentaron nuestra atención, y todos para oír mejor nos acercamos al convertido.

—Era el año de 1844, dijo éste, y yo volvía del teatro del *Príncipe*, donde se representaba uno de los dramas que hasta ahora me han producido mas dinero, y ¿por qué no he de ser franco? mayor reputacion. El mismo dia habia recibido dos cartas de Barcelona,



una era del director del teatro de esta populosa ciudad, anunciándome que, en vista de las dificultades que ofrecía la representación de mi drama, por su mucho aparato escénico, deseaba que fuese yo mismo á dirigir los últimos ensayos, y la otra, que estaba firmada por una persona para mí desconocida, se hallaba concebida en estos ó parecidos términos:

Muy señor mío: «La esposa y la hija del hermano de Vd. están muriendo de miseria. Algunos miles de reales las arrancarían á la muerte, y la presencia de Vd. les devolvería la salud.»—*El doctor Mendoza.*

No es necesario que repita á Vds. á cada paso que yo tenía el alma del licenciado Cabra. La carta del médico me disgustó profundamente y la arrojé con cólera, pero la proposición del teatro de Barcelona, que me ofrecía una indemnización por mi trabajo, exigía una resolución inmediata, y esta fué la de ponerme en camino.

Mi viaje no fué otra cosa mas que una larga adición á mis interesadas ideas. Calculé cuánto podrían darme por vía de indemnización; puse precio á mis consejos y palabras; híceme en fin mercader.

Por vergonzoso que sea confesarlo, debo decir á Vds., que la suerte de mi cuñada me preocupó lo menos posible. Siempre que su recuerdo acudía á mi imaginación, empleaba todos mis esfuerzos en alejarle, y lo conseguía. ¡Esto era mal hecho, muy mal hecho, porque yo tenía el deber de velar por la pobre viuda y por su hija! Algunos años antes, mi hermano, honrado capitán de un buque mercante, á quien la mar devoró, me había escrito para darme cuenta de como, loco de amor, se había casado con la hija de un compañero, cuyo único dote consistía en su excelente corazón y sus hermosos ojos: nada mas. A esta carta había contestado yo con la siguiente: «Vas á casarte con una mujer que amas, pero que es mas pobre que tú: lo siento. Sed dichosos si podéis, lo cual dudo, y quiera Dios que algun día no os arrepintáis de la tontería que hacéis ahora. Si aun es tiempo, no te cases.» Esta carta era poco ingeniosa; mas en cambio era estremadamente grosera.

Mi cuñada había nacido en Aragón, con lo cual es inútil decir, que era altiva, honrada y testaruda. Ella no pudo olvidar jamás mi carta cruelmente brutal, y en el fondo de su corazón conservaba un profundo desprecio hacia aquel que la había escrito. Así es que, cuando una tempestad la arrebató su marido, cuando sin apoyo ni esperanza se vió reducida á luchar sola contra la pobreza y la enfermedad, había resuelto morir antes que acudir á mí; y hubiera muerto sin escribirme ni perdonarme — lo cual podía ser muy aragonés, pero nada prudente — si la carta del médico no hubiese contrariado sus intenciones. La viuda de mi hermano tenía una hija, que sobre el lecho donde ella estaba postrada sufría el hambre re-

signadamente como un ángel, y á quien amaba con todas las fuerzas de su alma. El instinto maternal la hizo conocer, que si no acudía á mí, su hija moriría de miseria; pero ni aun esta idea pudo doblegar la testaruda energía de su carácter. Un día, por fin, se lo confesó todo á su médico, hombre honrado y caritativo, que desde el primer día había adivinado el verdadero mal de su cliente, sin poder aliviarle apenas, porque él mismo carecía de lo necesario: los médicos de los pobres tienen todos los talentos, excepto el de hacerse pagar.

Este compasivo médico se decidió á escribirme, teniendo cuidado de no decir una sola palabra sobre el particular á la pobre enferma.

Cuando llegué á Barcelona estaba aguardándome en la fonda de las Diligencias. Como no había respondido á su petición de dinero, habíase dicho en su candorosa, pero digna sencillez: —Vendrá! y desde entonces acudía á esperarme diariamente. Los grandes corazones nunca piensan mal de nada, ¡ay! y la mayor parte de las veces se equivocan!

Apenas oyó pronunciar mi nombre, corrió á mi encuentro diciéndome:

—No ha perdido Vd. el tiempo, caballero. Sin duda presintió Vd. que su tardanza sería una sentencia de muerte. ¡El cielo pagará á Vd. la buena obra que hace!

Este elogio me pareció amargo como una ironía; pero no tuve el suficiente valor para confesar que era inmerecido. ¿Qué hombre ha rechazado jamás la lisonja? ¿A qué asno no le agrada disfrazarse con la piel del león?

Mi primera visita, que en mi pensamiento había destinado al teatro, fué, sin embargo, para mi cuñada. Ay! yo la encontré en una miserable buhardilla, oscura y hedionda como un calabozo. Cerca del lecho en que la tenía sujeta el dolor, hallábase una niña, de grandes ojos negros y rubios cabellos, que envolvían, cayendo en caprichosos bucles, una fisonomía hermosa é inteligente, en donde se reflejaba la resignada gravedad que da la precoz costumbre de la desgracia. ¡Cuánta era su belleza, y qué elocuentes su palidez y su enflaquecimiento!

Yo la contemplé en silencio. Entonces comencé á comprender que existe en la infancia una potencia atractiva, una fascinación irresistible, que ejerce su imperio hasta sobre los corazones mas obstinadamente cerrados á las tiernas sensaciones. ¡Con cuánto placer no hubiera yo estrechado entre mis brazos á mi inocente sobrina, si la sórdida avaricia no me hubiese inspirado un horrible pensamiento! — Como me conmueva, dije para mí, estoy perdido: voy á crearme nuevos deberes, de los cuales dichosamente he podido sustraerme hasta ahora. — Esta vergonzosa idea ejerció sobre mi corazón tal influencia, que has-



ta llegué á olvidarme del miserable estado en que se veía la familia de mi hermano, y retrocedí como un hombre que ve el abismo abierto á sus piés.

El pobre médico no podía adivinar cuán profundo y espantoso era mi egoísmo, y equivocó mi emoción, que creyó hija de la piedad y el cariño. Esta incertidumbre de avaro en presencia de un dolor, de cuyo espectáculo quería huir, se confundió entonces con la conmoción de un alma tierna y sensible. El doctor Mendoza se acercó á mí, me estrechó afectuosamente la mano, y dijo sonriendo melancólicamente:

—La vista de este gran infortunio le conmueve á Vd., ¿no es verdad? Pero el médico debe antes de todo familiarizarse con el aspecto del mal que pretende curar, y Vd. es el médico de estas desgraciadas criaturas. ¡Aproxímese Vd!

Y me condujo al lado del lecho. Mi rostro estaba inundado en un sudor frío, la vergüenza oprimía mi alma, y mi perversidad me hacía padecer horribles torturas: era mi mayor verdugo.

Cuando mi cuñada me vió, hizo un violento esfuerzo para incorporarse, que no fué del todo infructuoso. Reflejábase en su rostro un no sé qué de altivo y sombrío que infundía respeto, y parecía como que la costaba un gran sacrificio implorar favor alguno de un hombre en quien no tenía confianza. Así, pues, no descendió hasta el ruego; pero me mostró á su hija, con su dedo descarnado y trémula de emoción, me dijo despues con ese acento de dolor que penetra y desgarrar el alma:

—Hé aquí un ángel, que muy pronto dejará de tener madre!

Estas breves, pero enérgicas palabras, no me vencieron; me guardé muy bien de mirar á la niña, cuya vista alarmaba mi conciencia, y respondí con la mayor frialdad que me fué posible:

—¿Por qué abrigas tan tristes ideas? Eres joven, tienes un buen médico, y por consiguiente no debes desesperar.

Cualquier otro hombre hubiera añadido: —«Te llega un hermano que desea hacerte olvidar los pesares que te ha causado. Cuenta con él, pues será el padre de tu hija....»

Pero yo no añadí esto, porque no tenía sino un pensamiento: ¡el de huir! ¡Oh culto del becerro de oro, cuán fecundo eres en infamias!

Mientras que lleno de incertidumbre meditaba una vergonzosa retirada, la encantadora niña no había dejado de mirarme con unos ojos en que se pintaba mas la sorpresa que el temor; acercóse á mí, separó mi mano de la del doctor, y señalándome el pié de la cama donde descansaba su madre, me dijo con la voz mas dulce del mundo:

—Siéntate aquí, porque la cama es demasiado alta,

y no alcanzo á abrazarla si no me tomas en tus rodillas.

Sentéme, y la niña se subió sobre mí.

Mi cuñada, al ver esto, elevó su mirada al cielo, y pareció entregarse á una oración mental.

Por lo que á mí respecta, conocí que había llegado el momento decisivo de la lucha, y me preparé resueltamente á ella. Reflexioné que nada debía á aquella mujer ni á aquella niña; que el premio tan penoso de mi trabajo era mio, enteramente mio; que el porvenir es inmenso y está lleno de innumerables vicisitudes, y que sería á la par imprudencia y locura sacrificarlo todo á la desgracia ajena. Apelé, en una palabra, á todas las espaciosas razones que el egoísmo pide tan sábiamente á la lógica. Una vez formada mi convicción, resolví ser fuerte, y frunciendo las cejas, miré á la niña; ella me miraba tambien; su aspecto tranquilo y sencillamente atrevido penetraba en mi alma, y parecía como que procuraba por todos los medios posibles abrir una brecha en esta muralla de hielo, detrás de la cual pretendía parapetar mi corazón. En fin, echando sus bracitos al rededor de mi cuello, me dijo con una voz de inefable dulzura:

—¿Quiéres ser mi papá? ¡Te querré mucho! Te pareces tanto á él! Tenía un aspecto tan espresivo como tú!... Pero era tan bueno!... En vano aparentaba enfadarse! yo no le temía! ¿Eres tan bueno tú?...

No me es posible pintaros la gracia y la seducción de que estaba animada esta infantil pregunta, y á pesar de todo me mantuve inexorable, y reuniendo en un último esfuerzo toda la dureza de que mi alma era capaz, rechacé con áspera viveza aquellos bracitos que tan delicadamente se habían enlazado al rededor de mi cuello, y sin decir una palabra puse en el suelo á la niña.

En este momento ví reflejarse en su rostro, tan admirablemente espresivo, un profundo y cruel dolor; luego, deslizándose con lentitud una lágrima sobre aquél antes terso y trasparente, cayó abrasadora sobre mi mano convulsa....

Entonces se verificó en mí una especie de repentina revolución; mi avaricia y mi brutalidad se me presentaron en toda su repugnante verdad: avergoncéme de mí mismo!.... Sin procurar ya combatir los instintos de bondad que la naturaleza ha puesto en el alma de todos los hombres, no quise raciocinar, me contenté con sentir, y abandonándome á la felicidad, para mí tan nueva, de dejarme guiar por mi corazón, extendí las manos sobre la cabeza de la niña, y esciamé:

—¡Delante de Dios y de tu madre que me oye, prometo ser tu padre, y nunca —lo juro— hija alguna habrá sido mas tiernamente amada en este mundo de lo que tú lo serás.



Ah! si hubiéseis visto á la viuda de mi hermano cuando me oyó hablar así! Sus ojos brillaron de gozo; su rostro se animó, y parecia como iluminado por la ventura. Abriósele sus labios como para darme las gracias, pero la voz se ahogó en su garganta. El médico y yo, trémulos de emoción, mirábamos con espanto el cambio que se operaba en ella, y creímos que iba á matarla la alegría. Pero la alegría no mata, y bien pronto la enferma respiró con mas libertad. Por fin pudo hablar y decirme: «Hermano mio! te habia juzgado mal.» Otras palabras añadió á estas, que no logré entender, y creo que si se lo hubiese permitido, me habria pedido perdon por mi brutalidad: los remordimientos me ahogaban, y prorumpí en lágrimas.

Hicela observar para que callase, que en el estado de debilidad en que se encontraba debia guardar silencio; aprobó mi dictámen el facultativo, la recetó algunos medicamentos y se despidió. Pero antes de que se marchase, le llamé aparte y le dije:

—Tiene Vd., amigo mio, que prestarme un nuevo servicio. Yo no conozco aquí á alma viviente, y quisiera que Vd. se encargara de buscarme una habitación donde el sol penetre y pueda respirarse....

—Con mucho gusto, me contestó aquel excelente médico; aunque creo que la pobre enferma no gozará mucho tiempo de estas comodidades....

—Quién sabe? respondí. Ademas, aun cuando solo disfrute un día de ventura, ¿quién es capaz de valuar lo que esto significa en una existencia abrumada por la miseria y el dolor?

El doctor Mendoza aceptó la comision, que al dia siguiente estaba cumplida.

En efecto, pocos dias despues ocupamos una quinta situada á la orilla del mar. Tres meses corrieron en dichosa calma, durante los cuales no dejé un solo momento de alimentar la esperanza de arrancar á mi cuñada de las garras de la muerte. ¿Y cómo no abrigar esta ilusion? ¡Estaba tan tranquila! ¡Vagaba siempre en sus labios una sonrisa tan dulce, sobre todo cuando me veia olvidar mis cuarenta años y convertirme en niño, si así puede decirse, para jugar con la inocente criatura, de la cual habia jurado ser padre! Pero ¡ay! mis esperanzas estuvieron muy lejos de realizarse. Hacia mucho tiempo que el combate entre la enferma y el mal duraba; los manantiales de la vida se habian agotado, y ya la ciencia y los cuidados nada podian conseguir. La pobre viuda de mi hermano conocia mejor que nosotros que el término fatal de la separacion se aproximaba, sin que la asustara este triste presentimiento. Bien pronto la hora terrible llegó por nuestra desgracia.

En una de esas magnificas noches de nuestro clima meridional, en que la luna se mostraba como á través de un velo por entre las ramas de los árboles

de nuestro jardin, blandamente agitadas por una brisa suavísima, nos hallábamos mi cuñada, mi sobrina y yo, respirando con delicia el ambiente embalsamado. De repente sentí que la mano de la enferma se agitaba convulsivamente entre las mias; tenia el calor de la fiebre, y mis ojos se fijaron con la mayor ansiedad en los de aquella criatura, tan próxima á abandonar el suelo. En su rostro resplandecia una serenidad celeste que me conmovió é impulsó.

—Hermano mio, me dijo, gracias á tí muero dichosa. ¡Sé que amarás siempre á mi hija! Adios.....

Y cesó de hablar. ¡Todo habia concluido!

¿Me creereis? Esta muerte no tuvo para mí nada de horrible, porque en las últimas palabras de la moribunda, en su dulce sonrisa, en el rayo de esperanza que brilló en la postrera de sus miradas, habia entrevisto como una voluptuosidad mística, como una especie de calma majestuosa; aquello no era el principio de la noche de la nada, era, por el contrario, la santa aurora de un eterno dia.

Desde esta época la hija de mi hermano ha sido la mia, y me he consagrado á su felicidad sin tregua ni descanso. Sus alegrías son mis alegrías, su vida es mi vida. ¡Ah, la debo tanto! La debo todo lo que soy moralmente. Aquella lágrima, perla preciosa que mi corazon habia recogido, fué para él lo que la gota de rocío para la flor que todavia no se ha abierto: le hizo dilatarse y evitó que se marchitara.

(Traducida del francés.)

G. NUÑEZ DE ARCE.

## LA AURORA.

*Ballada.*

Ya muestra la aurora  
su cándida frente,  
su luz esplendente,  
su claro fulgor.

Y altiva tendiendo  
su velo de encaje,  
el triste celaje,  
de sombra rompió.

El mundo despierta,  
gozoso murmura,  
recibe natura  
su beso de paz.

Hermosa prestando  
su blanda sonrisa,  
perfume á la brisa,  
placer celestial.



Y las flores  
dan al día,  
su ambrosía,  
su primor.  
Y abren frescas,  
puras, rojas,  
ya sus hojas  
al amor.

Hasta el cielo,  
dulce y grave  
alza el ave  
su trinar.  
Saludando  
su alegría  
de otro día  
la beldad.

Mas ¡ay! ¿por qué triste  
marchita y sin calma  
tan solo en mi alma  
rebose el dolor?

Y no escucho alegre  
los cantos de amores  
que exhala entre flores  
el fiel ruiseñor?

¿Por qué cual un tiempo  
su luz esplendente  
no causa en mi mente  
delirios de amor?

¿Por qué ya cansada  
se rompe mi lira  
y solo suspira  
con fúnebre són?

¡Triste arcano!!...

en mis dolores  
son las flores  
del jardín,

Ya venturas  
deshojadas  
agostadas  
para mí.

Que la noche  
mi agonía  
envolvía  
en mi inquietud.

Y hoy alumbró  
mi quebranto  
y mi llanto  
nueva luz.

EDUARDA MORENO MORALES.

Granada.

## LABORES.

No dirás, querida mía, que soy descuidada y que no pongo cuanto está de mi parte para que atiendas cumplidamente á todas las exigencias de la Moda. Apenas llegó á mi noticia que la caprichosa deidad presentaba como última novedad en los sombreros los velos redondos, adorno de tanta utilidad, como gracioso y elegante, mi primer deseo fué buscar un dibujo bonito para que al mismo tiempo que recibías la noticia de esta innovacion, tuvieses el modelo, y lo mas pronto posible le ostentases en tu lindísima capota, con la bella circunstancia de que no todas pueden hacer alarde; la de ser obra de tus manos.

Creo que este modelo (1) habrá llenado tus deseos, por mas que á primera vista te haya asustado su mucha labor, pero si bien te fijas en él, verás que el dibujo es muy grande y está muy estendido. ¡ Luego, el bordado en aplicacion es tan agradable! Bien recordarás, por las infinitas labores que de esta clase hemos hecho juntas, que no hay mas que sobre el tul, el que deberá ser fino y bastante grande su agujero, hilvanar un trozo del mismo tamaño de muselina, sobre el cual se traza el dibujo, y se bordan todos los contornos y perfiles á cordoncillo muy fino, recorriendo, cuando se haya concluido de bordar, todos los espacios exteriores de la muselina, dejando solo los que forman los centros de la rosas, jarrones, hojas, etc. Debes, sin embargo, cortar el centro mas interior de las rosas, donde debiera estar la simiente. Ya ves que no es gran trabajo el que ofrece; tambien podrias bordarle sobre el tul á cadeneta, con torzal francés azul, rosa, violeta, ó del color que case con el sombrero.

La punta de pañuelo que acompañaba al velo, es de una distinguida novedad: la cenefa es en extremo delicada, y la rosa que forma el escudo es el capricho mas lindo que para este objeto puede crear la imaginacion. Ya al remitirle te dije que debias bordarle á plumetis, y nada mas tengo que añadir hoy.

Tambien en el pliego llevabas diferentes cenefas, que unas, como la señalada con el núm. 3, pueden servirte para mangas, puesto que lleva puño correspondiente, y otras para enaguas, camisas y demas ropa blanca, que de continuo se necesita, y que una jóven aplicada como tú, tiene siempre gusto de llevarla bordada por sí misma.

Para el lindísimo semanario que recibirás hoy, de-

(1) Es el pliego de dibujos repartido con el número de 31 de Mayo.



bes dibujar en un pedazo de raso azul ó morado, cada una de las siete piezas que componen la semana, por separado, y por la última que va marcada con la letra D: bordas despues con oro en el centro de cada pieza una de las letras que marcan los dias, y cuando estén las siete, las cortas y forras, poniéndoles de carton fino una armadurita entre el forro y la tela: colocas al rededor de cada una un cordoncillo de oro, y en un fondo de terciopelo ó moaré del color del raso, que tambien llevará armadura, vas colocando por su órden los siete pedazos, como muestra el modelo. La orla exterior de éste representa un marco sumamente sencillo, que completa la labor; pero si quieres que todo sea obra tuya, pondrás de raso azul mas claro que el que has empleado antes, un vivo ancho y liso todo al rededor, suprimiendo los adornos de las esquinas y cabeceras, y cubriendo con cordon de oro las dos orillas del vivo. Haces del mismo cordon una presilla para colgarle, y ya tienes un marco elegante, sin necesidad de ocupar á ningun artista.

Cuando tengas terminada tu obra de uno ú otro modo, corres á depositarla en el despacho de tu papá, quien se sorprenderá agradablemente al verla, y entre los infinitos objetos que se agruparán allí, se destacará á sus ojos, y tendrá siempre una mirada cariñosa para tu sencillo regalo.

Bien vés que de este modo tu trabajo está suficientemente recompensado.

J. G. B.

## MODAS.

La Moda de primavera que apareció, hace poco, fresca y lozana con las primeras flores, se ostenta ya ligera y vaporosa como la diosa del Estío, con todos sus atributos. Las brillantes carretelas que llenan el Prado y la Fuente Castellana, parecen otras tantas macetas de tiernas flores, por cuyos lados se destacan flotantes gasas que ondean á merced del viento, cual las leves alas de la blanca mariposa.

Porque la Moda de verano se presenta vestida de blanco, con adornos de colores suaves, cuyo género aristocrático no la permite ir á pié: necesita ostentarse en timbrado carruaje, bajo el redondo pabellon de la vistosa sombrilla.

La muselina bordada entra hoy por mucho en los vestidos, en las manteletas, y hasta en los sombreros de las señoras.

Los sombreros de muselina bordada son una deliciosa novedad llena de gracia y coquetería: nada mas lindo en ellos que un fondo bordado á bodequitos, con una drapería de la misma muselina, forrada de gasa azul celeste, y guarnecida de un rizado de tul de ilusión. Las cintas del sombrero, que deben ser largas y flotantes, son tambien de muselina con su bordado correspondiente.

Entre las novedades de la Moda parisiense, figura el chal *Haydée*, ligero y vaporoso como su nombre. Esta graciosa invencion de Mme. Camile Levasseur, por la que ha obtenido patente, es sin embargo la cosa mas sencilla. Es pura y simplemente un chal de tul granadina, en cuyo fondo forma cuadros una cinta que pasa entre el tul, y que va guarnecido de un flequillo, ó bien de una blonda ó guipure. Pero este tul está fabricado al propósito, y la cinta, que tambien es particular, es mas bien una trencilla. De todos modos esta confeccion es una cosa caprichosa, y sirve para reemplazar á las de blonda ó encaje, con la circunstancia de ser mucho mas barata. Escusado es decir que las cintas pueden ser del color que se quiera, y que mejor armonice con lo demas del traje.

La época de los viajes se aproxima, y las escursiones veraniegas requieren tambien algún abrigo para las tardes frescas en las playas del Océano, ó en las provincias del Norte. La forma mas cómoda y á propósito para estos abrigos es la de albornóz. Los modelos en este género son muy variados: los mas nuevos y sencillos son en tela lisa, gris, azul ó marron, guarnecidos de tiras escocesas, anchas y puestas al biés, ó bien de tela escocesa guarnecida de cinta lisa. Tambien para este objeto se preparan talmas, bastante largos, sin mangas, cuya utilidad sabrán apreciar las viajeras sobre el puente de un barco de vapor, y aun por la noche en los waghones de los caminos de hierro. Para las jóvenes que no quieren cubrir su flexible talle, ni aun entre las incomodidades de un viaje, se llevan chaquetas á la griega, bordadas en seda, y adornadas de bellotitas ó botones de seda: género de abrigo de tanta comodidad como elegancia.

AURORA PEREZ MIRON.

